
SABINA BERMAN

TOMATE

En esta entrega de Sabina Berman lo probable y lo imposible se atan con virtuosa delicadeza entre un pasado en quiebre y la perplejidad presente de quien lo vislumbra. ¿Dónde quedó el lector? La respuesta es inquietante: adentro del cuento.

I.

LA PALABRA, EN LETRAS SIMPLES, ROJAS, DE UN METRO DE ALTO, APARECE un día en la barda de cemento gris.

TOMATE

¿Quién la pinta o para qué?: eso no entra dentro de la cadena de causas y efectos de esta historia, probablemente. Probablemente: nadie puede abarcar ninguna cadena completa de causas y efectos. Nadie: al menos no una inteligencia humana.

La niña aparece una mañana frente a la barda. Mariana. Viendo la palabra. La cabeza llena de rizos negros, el uniforme de la secundaria, camiseta blanca, falda de rayas grises y a veces rayas verdes —diseño príncipe de Gales— y el suéter verde amarrado a la cintura. El camión la recoge a diez metros de la palabra, en la esquina que hacen dos calles arboladas. Mariana trepa al camión que parte.

Cuando vuelve el camión a las 3 p.m. en la barda sigue la palabra roja.

TOMATE

Mariana baja del camión y va directo a la palabra misteriosa pero alguien le grita a la espalda:

—¡Mariana!

Se vuelve. Es un niño en la ventanilla del camión que arranca.

—¡Se te cayó la cabeza, Mariana!

Supongo que podemos decir que aquí arranca esta historia.

Mariana estragada por un día en la escuela: con una calceta caída y la otra hasta la rodilla, los zapatos negros polvosos y la mochila a la espalda, cruza la calle dejando a su espalda la palabra y llega a la entrada del edificio. Abre con su llave la puerta de cristal. Entra al vestíbulo y luego al elevador y pulsa el PH. Pent house.

En la puerta del departamento hay una nota escrita en tinta verde.

Mariana:

Dejé tu comida en el borno. No toques en mi puerta, luego salgo.

Mamá.

Hace rato que Mariana no se hace preguntas sobre la vida. Descubrió una noche que podía navegar las horas sin pensar. Tiene sed, como siempre. En la cocina abre el refrigerador, saca la jarra de agua y la empina sobre sus labios. El agua se le desborda de los labios y le moja la camiseta blanca.

Abre el horno y saca el páirex. Dos tomates al horno rellenos, uno de atún y el otro de queso. Y una taza con sopa roja. La prueba. De tomate.

Coloca los trastos en la mesa de formaica pero antes de comer se acerca al ventanal de la cocina, pone abiertas las manos en el ventanal y mira quince pisos abajo en la barda la palabra roja y pequeña:

TO MATE

La mira y la mira. Sí, es distinta, o le parece distinta. Entre la O y la M hay un poco más de espacio que entre las otras letras. To mate.

La mamá de Mariana es pelirroja y tiene cuarenta años. Es viuda. Y tiene, desde hace poco, un novio fijo, el primero en cinco años, cuando murió su esposo, el padre de Mariana.

Está tendida desnuda en el dormitorio y las cortinas pesadas verdes están cerradas. Tiene jaqueca. Le dan y es para morir. Es como ser un gato encerrado en una botella, sin poder mo-

verse, darse una maroma, acomodarse en el mundo.

En la penumbra sólo suena un zumbido, un zumbido constante, apagado pero insoportable.

Está tendida, Mariana madre, desnuda, pelirroja y sopor-tando. Un brazo sobre los ojos. Un vaso de agua en la cómoda y el pastillero abierto.

Esta vez sí está pasando el dolor. Muy lento, evaporándose, el dolor, el gato en la botella que va despacio creciendo, separándose del gato. Pero el maldito zumbido le llega como si fuera el ruido de un taladro. Alarga una mano y la mano a tientas como un animal de cinco patas busca el vaso y lo atrapa, lo acerca a los labios de Mariana madre. El agua se desborda por sus comisuras y dos hilos corren por su barbilla y gotean a su pecho.

—El novio es un pelón.

Mi informante lo dice y se detiene. Los ojos cerrados, está visualizándolo bajo los párpados. En la mano tiene el pañuelo que le he dado. Lo aprieta entre los dedos.

—Está el pelón en este momento en el baño... rasurándose con una rasuradora eléctrica... marca Philips... rasurándose la cabeza.

Abre los ojos la vidente. Pide un descanso. Apago la grabadora. Su cara es cuadrada y sus ojos rasgados. Lo que tiene que hacer una para ganarse la vida: lo pienso yo mientras oigo que me pregunta:

—¿Quieres un té?

—Sí gracias —respondo.

Según mi diario, de donde transcribo esto, atildando la ortografía y la gramática, es 1985, junio, trabajo para el periódico *Unomásuno* de la ciudad de México, y me han enviado a consultar a la vidente sobre sucesos de otro año.

Los sucesos de las dos Marianas, ocurridos igualmente en junio, pero de 1984.

Ahora lo transcribo en junio del año 2005.

Y tú lo lees en el mes de..... del año

Otra vez me asombro de la extensión de cualquier cadena de causas y efectos. Lo antes escrito: nadie puede abarcar ninguna cadena completa de causas y efectos; al menos no una inteligencia humana.

2.

Mariana hija desliza el dedo índice por una hoja del diccionario Larousse, le da la vuelta, lo desliza por otra hoja. Ajá. Ahí está.

Mate. (*meit*) (*to mate*).

O sea, sí existe en inglés el verbo TO MATE.

V. intr. Acoplarse, aparearse (los pájaros, los animales).

Es decir, reflexiona Mariana, *to mate* es, digamos, coger.

El pelón sale del baño en camiseta y bóxers y recién afeitado, y con un deseo cachondo se tiende cerca de Mariana madre e inclina el rostro para chuparle un pezón húmedo.

—Vida, estás mojada.

Lo dice y ella quita de sus ojos el brazo.

—Ven Vida —dice ella a pesar del dolor. —Cógeme Vida.

Él se trepa al cuerpo de ella.

—Vida —dice él.

—Vida —dice ella.

Mariana ha escrito TOMATE en una hoja de papel blanco y luego ha cortado la palabra con una tijera, de manera que tiene tres cuadrados de papel, cada uno con una sílaba. TO. MA. TE. Los tiene colocados como en la barda. TO MATE.

—Aj—. No puede repensarlo —“acoplarse los pájaros, los animales”— sin recordar a los dos gatos callejeros que vio hace unos días: trepados uno encima del otro, el gato de arriba empujándose frenético contra el gato de bajo para meterle y sacarle la picha, y los dos chillando. Mariana asqueada corre el cuadrado con la sílaba TE a un lado y en el cuarto Mariana madre siente la punzada de la jaqueca, aparta fuerte al pelón que se cae de la cama.

El pelón se pone en pie embroncado mientras Mariana recoloca las sílabas así.

TE TOMA

El pelón vuelve a subir sobre Mariana, le toma las manitas de dedos largos y flacos con las manos grandes de dedotes y las estira decidido a tomarla sexualmente, y entonces Mariana hija prueba otro acomodo de sílabas.

TOMA TE

El pelón suelta a Mariana madre.

—Perdón —dice, ceremonioso como un lord inglés, bajándose de la mujer.

—Es que —se disculpa Mariana madre— me volvió el dolor. Un poco.

—No, no. Yo me disculpo —insiste el pelón de pie y se guarda el pene en los bóxers. Va a darse un duchazo helado y Mariana madre bosteza.

La vidente bosteza.

—Perdón —dice.

Está extenuada. En ese momento empieza a chiflar sobre la estufa la tetera.

En la cocina Mariana hija sirve agua hirviendo en una taza de cristal. Y luego introduce la bolsita de té de hierbabuena y observa el agua pintarse de verde claro. La vidente coloca en la mesa la charola con dos tés de camomila. Me acerca la azucarera. Mi jefe en la redacción me dijo: Es la mujer más sabia de Occidente. Claro que me lo dijo un jefe de edición borrachín y ocasionalmente marihuano, pienso mientras agradezco el té, y al escribirlo ahora lo repienso: tal vez precisamente por serlo entendía mejor de asuntos de conciencia que yo, tan sobria por aquel entonces, tan segura de tantas simplezas llamadas sentido común.

El sentido común tan cambiante. El sentido común de una

época son las sandeces pasadas de moda de la siguiente; y las extravagancias de los poetas, los marihuanos y los locos de una época son las certezas del sentido común de la que viene.

En el dormitorio el pelón termina de ajustarse el nudo de la corbata y toma de la cómoda una pistola. Un revólver 45. Lo guarda en la funda que lleva al costado del torso y luego toma un pañuelo blanco bien doblado y lo guarda en la bolsa del pecho de su saco azul marino mientras Mariana hija se acerca al ventanal, la taza de té tomada del asa, y ve quince pisos abajo.

TOMA TE

Ladea la cabeza. El espacio ha cambiado de sitio otra vez, ¿o se imagina cosas?

—¿O se imagina cosas? —pregunto a la vidente.

—Hay ventanas de tiempo y espacio donde las cosas suceden distinto a como suceden en el plano de conciencia común. Haz de cuenta que en el orden de las causas y los efectos entrara un viento y reacomodara todo.

Varios años más tarde, cuando transcribo las palabras de Alejandra, la vidente, pienso que lo raro sería que lo usual no tuviera salvedades. Excepciones. Rajaduras.

Valadez se llamaba mi jefe en el periódico. Tenía un bigote espeso y una frente amplia en donde, cuando se enojaba o estaba fatigado, aparecía un manchón ovalado. Un óvalo de piel más pigmentada. Una especie de medallón donde los periodistas del *Unomásuno* juraban, entre veras y mentis, entre creerlo y jugar a creerlo, que se prefiguraba la Virgen de Guadalupe.

—Apúrale —le decía un periodista a otro—. Apúrate a entregar el reportaje, que ya se le está apareciendo la Virgen.

Y cuando la traía bien dibujada en la frente, el trato con Valadez era ya sólo posible de rodillas. Un cruzado lleno de celo furioso exigía a sus subalternos a gritos intercalados con oraciones secas y mordaces.

Una noche en su oficina Valadez con la Virgen en la frente tomó de un archivero dos sobres de papel manila y los tiró sobre el escritorio. Estaba en mangas de camisa, me acuerdo bien.

—A ver si eres tan brillante —me lo dijo con tono de insulto—. En un sobre hay fotos de un cadáver y un reporte de policía. En el otro un pañuelo. Es un caso del año pasado que quedó para la policía en veremos. Vete para empezar a esta dirección. —Sacó de la bolsa de su pecho una tarjeta suya y al reverso anotó la dirección de Alejandra. Al alargármela dijo—: La mujer más sabia de Occidente.

Paro un momento para prepararme un té. No sé, pero se me ocurre, bueno: es una idea que se desliza en mí no sé de dónde, que podría ser que en el primer sorbo, en el sabor del primer sorbo caliente, nos encontráramos: Mariana, yo, la vidente. Las tres vivas todavía.

3.

Me dice la vidente que nada es seguro. Que lo imagina. Ha leído el reporte policiaco, ha visto las fotos del cadáver, ha guardado

en el puño cerrado el pañuelo, ha cerrado los ojos. Lo imagina: bajo los párpados van cruzando imágenes.

¿Corresponden o no a lo que sucedió? Ni para la madre de Mariana es seguro cómo sucedió. Nadie lo vio todo.

Mariana hija recoloca los pequeños papeles en la mesa de formaica.

TE MATO

Se acerca al ventanal y mira abajo la barda donde las letras rojas se han reordenado:

TE MATO

Se asusta. Oye una puerta de muy al fondo del departamento cerrarse. Y pasos. Pesados. Los de Xavier, no los de su madre. Abre el cajón de los cuchillos y encuentra adentro la cajetilla de cigarros, la revisa: trae el encendedor adentro, y se apresura a la salida del departamento en el momento en que la voz gruesa de Xavier la llama.

—Mariana. Dice tu mamá que nos tomemos un té juntos. ¡Mariana! ¿Dónde estás Mariana?

Mariana cierra cuidadosamente la puerta para no hacer ruido.

El pelón entra a la cocina y no encuentra a Mariana. Observa las cosas. El plato con restos de jitomate. La taza vacía con un fondo de sopa de jitomate. La jarra de agua entibiándose en la mesa. La mete con hartazgo en el refrigerador, donde debe estar. Entonces ve los papelitos.

TE MATO

Se acuerda del grafiti en la calle. ¿Eso dice o no? Tiene que pegar el cuerpo al ventanal para alcanzar a ver en la calle la pinta. Eso dice.

TE MATO

¿Quién las pinta? Las ha visto por la ciudad por aquí y por allá, se distinguen del grafiti usual porque están hechos con letras impecables y rojas. Se lo preguntó al portero y el portero le contó que vino una camioneta y bajaron dos señores trajeados.

—¿Trajeados?

—Incluso eran de tres piezas los trajes, con chaleco pues —dice el portero.

Pusieron una plantilla contra la barda. Un cartón del tamaño de la barda pues. Donde estaban recortadas las letras. Sacaron una aspersor de pintura con motor y todo. Y en una hora estaba la pinta.

—Me pareció gente de una secta —termina el portero—. Haga de cuenta que Testigos de Jehová.

—¿Por qué? ¿Qué le hizo pensar eso? —pregunta el pelón.

Los ojitos del portero se mueven de un lado a otro, está pen-

sándolo, intensamente

—Pues porque... —dice al fin— son herejes.

En la azotea, tras las sábanas blancas colgadas, en la zona de tinacos, Mariana sentada en una banca que forma un desnivel, fuma. Se marea fumando. La ciudad se mira desde allí y desde el mareo como si estuviera sumergida en agua. Desenfocada. Los bordes de los edificios un instante un milímetro para acá y al siguiente para allá.

Mira las sábanas blancas, las hileras sucesivas de sábanas blancas. Un vientecito las mece y a veces su columpiar se coordina para dejarla ver una franja de cielo. Se pasa la lengua por los labios, Mariana siempre con sed, y entonces una ráfaga de viento extremadamente larga iza las sábanas y lo ve: a Xavier. El pelón que desaparece tras la pesada caída de sábana tras sábana tras sábana para reaparecer frente a la más próxima y quedarse mirándola con ojos suaves.

—Mariana fumando —dice el pelón.

—¿Qué quieres? —murmura preocupada ella.

—Dice tu ma que hablemos. Que no puede ser que nos ignoremos así. Días enteros de no decirnos hola. Te digo qué Mariana: yo voy a quedarme en tu casa, y para siempre. Así que mejor hablamos.

—¿Le contaste? —pregunta Mariana y se lleva el cigarro a los labios.

El pelón dice que no con la cabeza.

—Ya te dije —dice él—. Si tú no le cuentas, yo tampoco.

Se mueve para subir a sentarse en el desnivel de cemento, junto a Mariana.

Al rozarla su saco, ella deja caer la colilla, salta al piso, camina hacia los cuartos de sirvientas, a ver si alguien le ayuda, él la sigue y ella apresura el paso, no hay nadie en los cuartos, corriendo tuerce de regreso hacia las sábanas rumbo a la salida de la azotea pero se vuelve a ver al hombre corriendo tras ella a zancadas y gritando Mariana, Mariaaaana, y Mariana se estrella contra una sábana mojada, la aparta para deslumbrarse con la repentina luz del cielo y entre parpadeos recommienza el paso, está ya corriendo otra vez y de golpe una ráfaga de disparos a sus pies, no: sólo ha corrido sobre una lámina haciéndola retumbar, ¿dónde está el hombre? Se detiene.

Nadie a la vista. Se habrá ocultado.

¿Dónde? La enormidad azul del cielo.

Nada más su propia respiración sonando.

Tres palomas cruzan en el aire, batiendo mansamente las alas.

Pasa por sus labios la lengua.

Entonces una mano pesada cae en su hombro y las palomas se congelan en el cartel azul del cielo.

Con ambas manos sobre los hombros flacos de Mariana él la gira para verla de frente, para que ella lo vea a los ojos.

Fue sin premeditación: acostumbrarse a Mariana hija. Como si fuera una extensión de Mariana madre. El mismo rostro pá-



Ilustración: LETRAS LIBRES / Manuel Montoya

lido y los mismos ojos. Con pelo distinto. Con distinta edad. La misma mujer en dos edades. Y lo que siguió fue una extensión de esa cercanía. Tan simple: estaban sentados a la mesa de madera de la sala, leyendo el periódico, cada cual otra sección, y Mariana madre no estaba en casa. En la mesa, entre él y ella, el florero de porcelana blanco coronado de rosas naranjas. Xavier sintió crecerle el tirón de la curiosidad y al girar el rostro encontró entre las rosas naranjas los ojos de Mariana hija viéndolo, y azules.

Le emocionó el azul de los ojos. Estaba relajado como desde hacía años no. Décadas tal vez. Estaba sintiéndose en casa como hace mucho no se sentía ni en su propio departamento. Alargó la mano para tomar la mano de la niña sobre la mesa de madera. Lo emocionó también el contacto.

Mariana niña era silenciosa, como la madre. Con la cabeza le hizo el gesto que rodeara la mesa y se acercara. Ella rodeó la mesa y se sentó en su muslo. El le puso la mano en la cintura. Como si fueran padre e hija. Ella reclinó la cabeza con rizos negros en el pecho de él y oyó su corazón. La mano de Xavier entró debajo de su camiseta de escuela y se colocó sobre su pequeño seno.

Historia de la Vida Cotidiana en México

Serie dirigida por Pilar Gonzalbo Aizpuru

La serie *Historia de la Vida Cotidiana en México* —que el FCE coedita con El Colegio de México— es el resultado de un esfuerzo colectivo para abrir caminos hacia la comprensión de lo cotidiano en todas las épocas de nuestra historia. El proyecto surgió en un seminario de investigación de El Colegio de México y creció para convertirse en una empresa de varias decenas de investigadores de instituciones nacionales y extranjeras. Cada tomo es una suma original de temas y enfoques, un mosaico en el que podemos mirar nuestro pasado de una manera distinta.



Historia de la vida cotidiana en México I. Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España
Pablo Escalante Gonzalbo
(coordinador)



Historia de la vida cotidiana en México II. La ciudad barroca
Antonio Rubial García
(coordinador)



Historia de la vida cotidiana en México III. El siglo XVIII: entre tradición y cambio
Pilar Gonzalbo Aizpuru
(coordinadora)



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Luego ella sintió su propia cara buscándole a él la cara y entonces sintió el beso.

Largo y extraño. Entrando la lengua de él en su boca. Y la mano entre sus piernas debajo de su falda de escuela, entrando.

—Mariana —suspira él en el abrazo de la azotea—. Mar y Ana. Vamos a irnos al mar. Los tres. Tenme fe.

Su mano entra bajo su camiseta y en su pequeño seno toma entre dos dedos el pezón. Mariana quiere desprenderse, no puede. Su cuerpo la avienta al cuerpo de él. Como si desde aquella tarde de las rosas naranjas su cuerpo y el de Xavier tuvieran un pacto secreto.

—Va a ir sucediendo —murmura de nuevo él—. Mamá Mariana se va a ir dando cuenta y lo va a ir aceptando y va a ser bien simple te digo.

Desde aquella tarde del beso extraño, Xavier llegaba a media noche a su cuarto y volvía a tocarla sin prisa, sin palabras, con ojos suaves, a pesar que ella suplicaba muy quedo para no despertar a su madre en el cuarto contiguo: No, no, por favor ya no, en medio del placer y el miedo y la culpa, y aunque Mariana se dijo: no pensar y sólo navegar por los sucesos, de uno a otro, en esos momentos de media noche la confusión de emociones y placer la hacían llorar. Y odiar.

Como ahora que llora y odia y desea y sus manos debajo del saco del hombre suben por su cuerpo palpando la camisa. Su diestra encuentra la cachá de la pistola en el costado, su dedo se detiene en el gatillo, mientras le viene la imagen del dedo de él entrando en su entrepierna al cuenco de sus labios: entonces Mariana tuerce hacia arriba la pistola enfundada aún y cuando él en su memoria toca sus partes húmedas ella aprieta el gatillo.

Mariana madre en la cocina escucha el tronido. Abre la puerta de la cocina y se queda tratando de escuchar algo más. ¿De dónde vino el tronido? ¿Fue un tronido?

En el piso dieciocho del edificio vecino una mujer ha salido al balcón y busca con la mirada en la calle.

El pelón da un tercer paso para atrás mientras la niña lo aferra, no suelta bajo su saco la pistola y vuelve a apretar el gatillo. Al segundo estampido la mujer del balcón localiza en la azotea a la niña abrazada al hombre que se mueve a trancos para un lado, para el otro, como en una danza torpe y violenta, y de pronto él cae de rodillas llevándose al piso también a la niña, que cae también de rodillas.

Al tercer estampido el viento regresa de golpe a izar las sábanas y en el balcón del piso dieciocho el viento golpea el rostro de la mujer y el viento ya débil entra por la puerta abierta a la cocina removiendo la bata de Mariana madre y alzando de la formaica de la mesa, con dedos largos y delicados, los tres trocitos de papel: uno lo suelta al borde de la mesa para que caiga al piso de linóleo, del lado en blanco, y a los otros dos los hace girar en puntas para depositarlos luego uno junto al otro en una nueva palabra.

MATE —

Compra en librerías y en línea:
www.fondodeculturaeconomica.com

SEPTIEMBRE 2005